

los reyes y á los castillos y la invasión del territorio extranjero provocó las Coaliciones? Ella fué; mas en eso obedeció al carácter de expansión y proselitismo inmanente en las ideas nuevas y en el temperamento francés; y si así no hubiera sido, Europa, una vez devorada Polonia hasta el último hueso, como lo fué en 1795, habría pensado en apagar el foco de luz encendido en París, y que en sí mismo era un peligro. El Terror está condenado; la Convención merece bien de la Patria francesa.

EL DIRECTORIO.

(1795-1799.)

1. La nueva Constitución.—2. Las grandes campañas; las Repúblicas nuevas.—3. Bonaparte.

La nueva Constitución.—La Constitución del año III dividió el poder legislativo en un Senado, *los ancianos*, y en una Cámara popular, *los quinientos*, y confió á cinco directores. (este fué su error) la presidencia de la República; estos directores fueron cinco regicidas; Carnot era uno de ellos. Pero estaba arrepentido y se convirtió temporalmente en el apoyo principal de la reacción monárquica, que había tramado en toda Francia una vasta conspiración; el descontento público por los préstamos forzados y la bancarrota del tesoro, medidas que tomó el Directorio para poder vivir, eran los mejores elementos de los planes de los reactivos; en vano se rompió la plancha que servía para imprimir los *asignados* (papel moneda emitido por valor de cerca de cinco mil millones de pesos, tan depreciado ya, que doscientos pesos en asignados equivalían á dos en metal) que el gobierno empezó á redimir creando nuevos bonos cuya garantía eran los bienes nacionales; en vano las elecciones de 97 enviaron una mayoría realista al Consejo de los Quinientos; Bonaparte y Moreau se pusieron de acuerdo con el director Barras, enviaron fuerzas á París, y como el ejército estaba impregnado del más intransigente republicanismo, quedó desecho el triunfo realista y muerto el partido para siempre. Fuera de obscuras conspiraciones, no debía resucitar, pero profundamente modificado, hasta la caída de Napoleón en 1815.

2. *Las grandes campañas; las repúblicas nuevas.*—Mucho se ha hablado de la incapacidad del Directorio, de su corrupción; esto sólo en parte es cierto; la corrupción era de la masa social, que había perdido en la desorganización profunda de la crisis revolucionaria todo freno moral y se entregaba con ahinco inverosímil al placer, á gozar de la vida que habían sentido todos

tan insegura; esta corriente lo envolvía todo, gobernantes y gobernados. Pero hay que recordar que en esta época la energía de la nación reconcentrada en los ejércitos hizo prodigios; á pesar de la traición de Pichegru en el Rin, el territorio se mantuvo inviolado, mientras el general Bonaparte llevaba á término esa fulminante campaña de Italia en que de victoria en victoria se hizo dueño de la Península, deshizo á todos los generales austriacos y obligó al Emperador á firmar la paz. (Campo-Formio, 1798.)—Al paso de los ejércitos de la revolución habían surgido repúblicas nuevas en Holanda, en Bélgica, en Alemania, en Italia, y estas repúblicas resultaban admirables órganos de propaganda de las doctrinas revolucionarias que á la larga iban á transformar el ser político de Europa; esta propaganda consistía en la demolición de lo antiguo, de grado ó por fuerza, por el sólo hecho del establecimiento de administraciones á la francesa y por las ideas que, despojadas en la vida militar de lo que tenían de abstracto é impracticable, y gracias al buen sentido, que después de la fiebre revolucionaria había vuelto á imperar en el alma francesa, determinaron una corriente de humanitarismo, de tolerancia y de afición á las instituciones populares, que como el *gulfstream* había de modificar con sus ondas tibias la temperatura política del siglo XIX.

3. *Bonaparte.*—La campaña de Italia había puesto de resalto la figura de Bonaparte. Ya en la guerra, á la par que gran capitán, se había mostrado un político inquieto y lleno de indeterminadas pero vastísimas ambiciones; en realidad no reconocía Gobierno; en su campamento estaba el Gobierno de Italia y de su ejército. Cediendo un poco á una preocupación nacional y otro poco á una necesidad de las circunstancias, llegó á convencerse de que en la historia de Europa se planteaba este dilema fatal: *ó Francia ó Inglaterra*. Sólo la nulificación de la una podía permitir la existencia de la otra; de aquí el inmenso error de la campaña de Egipto para arrancar á Inglaterra el camino de la India, capítulo primero de la demolición de su imperio colonial; inmenso error, porque el éxito sólo podía fundarse en la dominación marítima del Mediterráneo, lo que era imposible á Francia, inferior á su rival en poder marítimo, y porque privaba á Francia de su mejor ejército, precisamente cuando Inglaterra iba probablemente á hacer un esfuerzo supremo para rehacer *la Coalición*, tantas veces vencida.—Así fué; mientras Bonaparte conquistaba en una brillante campaña á Egipto y se estrellaba en la conquista de Siria por la resistencia de San Juan de Acre, Austria, Rusia, ya gobernada por el Emperador Paulo, Nápoles, Portugal y Turquía, se concertaron con Inglaterra para invadir á Francia. Suvaroff, guerrero místico y feroz que había matado 30,000 turcos en Ismail y 12,000 polacos en Varsovia, cuando

el gran Kosciusko y otros patriotas quisieron resistir á la distribución definitiva de su patria en 95, fué el héroe de la guerra contra *los jacobinos ateos y regicidas*. Todo fué triunfo para la Coalición al principio y jamás había corrido Francia tamaño peligro; pero vencidos los ingleses en Holanda y deshecho los rusos en Suiza, la coalición quedó desbaratada. Bonaparte, abandonando su ejército en Egipto, se presentó solo en Francia: las discordias incesantes entre los directores y el incólume prestigio de Bonaparte en el ejército, le dieron ánimo, y en Noviembre de 99 (18 Brumario) disolvió los cuerpos colegisladores, suprimió el Directorio, y poco después, con el nombre de primer Cónsul, quedó dueño único de Francia: la victoria magnífica de Marengo (1800) dió el sello de la gloria á la naciente dictadura. La revolución, incapaz de organizar un Gobierno normal, acaba en *el Cesarismo*.

BIBLIOGRAFÍA.—La mejor historia dramática de la revolución es la de *Michélet*; de las historias generales de Francia, la más exacta en este período es la de *Darste*.—Especiales: *Taine*, Hist. de la R.; Von Sybel, Hist. de Europa durante la R., y el admirable libro de *Sorel*, Europa y la Revolución, á quien seguimos de preferencia. Como compendio, el más útil es el de *A. Rambaud*: el tomo ya citado de *Lavisse et Rambaud: Vandal: El advenimiento de Bonaparte*, T. I (en pub).

EL REGIMEN NAPOLEONICO.

(1800-1815.)

Subdivisiones.—*La dictadura consular.*—*El imperio de Napoleón.*

I.

LA DICTADURA CONSULAR.

(1800-1804.)

1. Organización del Cesarismo.—La paz interior en Francia.—2. La paz europea.—Ruptura del Tratado de Amiens.—Fin del Consulado.

1. *La organización del Cesarismo. La paz interior en Francia.*—Había mucho de supersticioso en la admiración del pueblo francés por Bonaparte: no sólo era el hombre de la gloria, el de la maravillosa primera campaña de Italia; el de la fantástica expedición al Oriente (que instantáneamente se convirtió en leyenda lo mismo en el Valle del Nilo que en Francia); el desbara-

tador del gobierno de incompetentes (el Directorio) y de retóricos charlatanes (las Asambleas de los *ancianos* y de los *quinientos*) que habían estado á punto de hacer zozobrar á la República; el triunfador de la segunda campaña de Italia (Marengo) al fin de la cual había dictado la paz á Europa, sino sobre todo el hombre de *la buena estrella*, el de la prestigiosa buena suerte, el que veía realizarse cuanto intentaba. ¿Pero cómo no había de ser el afortunado por excelencia, el hombre providencial, si era el que había abierto las iglesias, restaurado los altares católicos y celebrado con el Papa un tratado de concordia (*el Concordato*) que daba fin para siempre al tremendo duelo entre la Revolución y el Catolicismo? La gloria nueva, el tino maravilloso y flamante del primer Cónsul hizo olvidar las tradiciones seculares, las glorias rancias de la vieja monarquía; la Francia nueva se sentía transformada por la Revolución y definitivamente unida á ella; pero por muchas de sus necesidades sentimentales, de sus hábitos heredados, habría querido que el conflicto entre la Revolución y el Catolicismo cesase para siempre; Bonaparte, Napoleón, como le llamaba el pueblo, simbolizaba y realizaba este *desideratum*; por eso la mayoría inmensa de los franceses se identificó con él. Esta fué la clave de su prodigiosa fortuna.

El primer Cónsul (que era el único en realidad, porque en sus manos concentró todo el poder) soñó, como era natural, un sueño de paz: *en el interior*, abriendo las puertas á los emigrados, aprovechando todas las competencias sin distinción de partidos, aplastando con la muerte ó la deportación á los que creía enemigos irreconciliables (á los republicanos resistentes, sobre todo, porque á los que no le opusieron resistencia los colmó de honores y de fortuna, convirtiendo á los regicidas y á los jacobinos en la aristocracia burocrática del *cesarismo* que se inauguraba) y llevando á cabo con una energía y un genial espíritu de legislador y administrador cuantas reformas podían realizar el programa de unificación y de concentración, iniciado por la monarquía y organizado implacablemente por la Revolución; así la patria francesa adquiría una cohesión y una consistencia estupendas; pero el Estado lograba una facilidad igualmente extraordinaria para entrometerse en todo y ordenarlo todo, lo que es, en suma, el despotismo, y si ese Estado tiene la voluntad de un tirano por solo motor, y esa voluntad es la de Napoleón, se comprenderá el carácter de aniquilamiento de toda libertad y de abdicación de todo derecho en manos de un hombre que fué lo que distinguió al régimen imperial en lo que se transformó el republicano al comenzar el pasado siglo.

2. *La paz europea. Ruptura del Tratado de Amiens. Fin del Consulado.*—Para obtener la paz exterior no había más que un camino: *desarmar*